

cuaderno de filosofía clásica, Descartes,
Spinoza nº 132

philosophie
magazine



Florence Aubenas, Pierre Zaoui: estar o no estar ahí

[Pierre Zaoui](#), Florence Aubenas, entrevista realizada por [Catherine Portevin](#), publicada el 28 de noviembre de 2013

Se podría haber pensado que un gran reportero multiplica sus existencias mientras que un filósofo profundiza un único camino de vida. Pero en el caso de Florence Aubenas y de Pierre Zaoui, ¡es exactamente lo contrario!

Para el filósofo Pierre Zaoui, la vida es un tema, una inquietud, una búsqueda. Con Spinoza, se ha interrogado sobre la vida que uno decide (*La Décision de soi*, Bayard, 2008); luego, lo hizo a la inversa, sobre lo que es vivir cuando no se puede decidir sobre nada (*La Traversée des catastrophes*, Seuil, 2010), para, finalmente, defender la discreción como capacidad para «cesar, por

un instante, de ser uno mismo» (La Discrétion, Autrement, 2013 <la Discreción o el arte de desaparecer. Ed. Arpa. Primeras páginas Ciencias Sociales y Educación, 9 (17) • Enero-junio de 2020 • pp. 311-338 • ISSN (en línea): 2590-7344 >). De la afirmación de sí a la desaparición, hay un camino filosófico... incluso con muchos tropiezos. La periodista Florence Aubenas podría, frente a él, ser el prototipo de la mujer con vida múltiples. Gran reportera desde hace veinticinco años (actualmente en le Monde), fue rehén durante cinco meses en Irak en 2005 y ha cubierto el proceso de Outreau; además hechos diversos en los suburbios durante la guerra civil de Siria, al punto que parece tener el don de la ubicuidad. Hasta deslizarse en la piel de una empleada doméstica, recorriendo las agencias de trabajo temporal de Caen durante seis meses (Le Quai de Ouistreham, L'Olivier, 2010). En este diálogo, se hubiera podido imaginar al filósofo que busca la unidad como sabiduría y a la periodista predicando una preciosa dispersión... De entrada, la conversación arrancó bien al contrario.

Florence Aubenas: Nunca he tenido la impresión de vivir muchas vidas. Tengo una sola vida, de una gran homogeneidad. Esta pregunta me la hacen todo el tiempo, como se la hacen a todos los que (y sobre todo a aquellas) que tienen oficios que se aprecian como absorbentes: «¿cómo haces para conciliar vida profesional y privada?» Yo, la verdad es que no tengo ni vida profesional ni vida privada, no concilio ni separo nada, tengo una sola vida donde todo se mezcla y eso me gusta. Por lo demás tengo un solo teléfono celular, mis amigos pueden muy bien ser también mis colegas o gentes encontradas en mis reportajes. Creo que si tuviera que separar los dominios de mi vida, me pegaría una enredada. Tener solo una vida, es algo que está más allá de una elección para mí; no podría desempeñarme de otra manera.

Se ha vuelto casi una reivindicación cuando veo tanta gente, incluso jóvenes, obsesionados por esta angustia: llegar a tener un trabajo que no invada «la vida». Recuerdas los *sketchs* de los 'Deschiens', los pequeños anuncios de búsqueda de empleo: «*Me gustaría hacer de Alain Delon pero son los horarios los que no me convienen*» Esto toca una realidad fuerte en la manera cómo la gente define su vida. El trabajo de fábrica, que durante tanto tiempo no gustaba y era considerado como fatigante, ahora se ha vuelto envidiable: yo prefiero trabajar en la fábrica que ser carnicero, por ejemplo, porque cuando ya llego a la casa, se acabó el trabajo. Por mi parte yo no pienso así. Pero es porque en el fondo, sólo nos podemos dar el lujo de tener una sola vida los que tenemos un oficio que queremos, que hemos escogido y que puede ser precisamente toda una vida.

Pierre Zaoui: Esta concepción de su vida le viene muy bien a su imagen pública. Ud. es como Hernani, «*juna fuerza qui va*»! Un bloque de unidad que sabe rebotar. No es esta mi experiencia, la mía está del lado de la discontinuidad y de la dispersión. Aunque tengo una vida muchos menos tumultuosa y variada que la suya, no tengo ningún sentimiento de una unidad personal. Tengo la impresión de llevar muchas vidas, y por lo demás no todas logradas. Por tanto, cuando se dice: «tener muchas vidas», se induce «tener

éxito» en muchas vidas. Yo veo la pluralidad de las vidas como múltiples posibilidades en cada instante, de las cuales la mayor parte siguen en estado naciente, inconclusas. Llevamos en nosotros mismos una enorme cantidad de vidas y son pocas las que se actualizan, porque, en general, son más las malogradas que las logradas.

Desde este punto de vista, me parece Florence, que en su manera de vivir su vida, hay un impresionante signo de gran salud. Salud mental porque Ud. evita los sufrimientos de un yo hendido. Salud metafísica, se podría decir, la de las almas cartesianas con una sola alma sustancial y resuelta. Y, más aún, salud política, en el sentido en que esa compartimentación entre trabajo y ocio, o entre diferentes medios donde se vive en la incapacidad de ser nunca uno mismo, es precisamente la definición de la alienación. Ser capaz de tener una sola vida y rechazar toda separación de uno mismo es el signo de una gran fuerza política. Y mientras que Ud. la vive con placer, si yo alcanzo en algún momento una cierta continuidad con mi trabajo, lo hago en el sufrimiento, con el sentimiento de no tener ningún momento de reposo.

F. A.: Actualmente la pluralidad está valorizada. Decirle a alguien: «Ud. tiene muchas vidas» es todo un cumplido. Si su oficio le obliga a cambiar con frecuencia de lugar, de puesto, de tarea... se le explica que se trata de un nuevo desafío. La adaptación, la flexibilidad, la reactividad son cualidades positivas. Y esto juega hasta en el discurso sobre las familias recompuestas: el tener muchas familias, poder recomenzar, conciliar todo eso, es una imagen de la vida ideal, de las vidas múltiples ideales.

P. Z.: Me parece que hay acá dos ideas diferentes. Ya sea que haya muchas vidas que se suceden y en este caso, escucho la ideología gringa de los «*born again*» con la sobrevaloración de esta flexibilidad: hay que aprender a renacer, volver a partir, si se fracasa se recomienza de cero y se vuelve a hacer fortuna. Es el capitalismo en la salsa evangélica. Ya sea que haya muchas vidas simultáneas, ocultas o a plena luz, pero tabicadas: una vida con sus amigos, una con su familia, una en su trabajo, y no necesariamente la misma vida con cada uno de sus amigos.

Más precisamente, para un filósofo como Spinoza, hay una tensión, en cada uno de nosotros, entre dos vidas: llevamos ordinariamente una vida ignorante, sierva, impotente, la vida del primer género de conocimiento, y luego tenemos una segunda vida, potente, que tiende hacia la sabiduría. Todos tenemos siempre estas dos vidas: nadie puede existir sin tener al menos una idea verdadera, y el sabio tiene tantas ideas falsas como el ignorante, pues la ignorancia es infinita puesto que el mundo lo es. Pero el sabio tiene un poco más de ideas verdaderas. Y cuando se vive en su idea verdadera, se vive libremente, de manera adecuada consigo mismo, con su deseo; y cuando uno vive en sus ideas falsas, entonces se lleva una vida desarreglada, de veleta, que puede dar la impresión de una vida múltiple, pero que gira en función de los vientos, y que no es más que una sola vida, la de su esclavitud, a los otros o a los encuentros exteriores. Por tanto, del lado de Spinoza, todo es claro: tenemos

dos vidas, pero el ideal es sólo tener como horizonte una, que sería la del sabio. El problema moderno comienza cuando se remarca que hay muchas maneras de obtener esta unidad. Y esto va a depender de allá donde se encuentra su soberano bien, por tanto qué género de perfección se quiere alcanzar. Algunos, como Spinoza, la sitúan del lado del conocimiento, pero otros pueden decidir que será la salud del cuerpo o, por qué no, el amor... Por ende, habrá muchas saludes, muchas maneras de sólo tener una vida, un poco en el sentido en que Nietzsche puede decir: *«solo hay una ley: obedecer durante mucho tiempo y en un solo sentido»*, sub-entendiendo que «poco importa el sentido». En el fondo es lo que Ud. defiende: voy en el mismo sentido, ya sea que esté en Ouistreham o en Damas, con mis amigos, mis carceleros iraquíes o en medio de las empleadas domésticas.



F. A.: Es verdad, tratar de ir en el mismo sentido es lo que me interesa. Hacer de suerte que haya en todo lo que hago un poco los mismos ingredientes, un cierto compromiso –no lo afirmo tanto en el sentido político, más bien como una

manera de «mojar la camiseta», y de echar para adelante—, y el compartir con los otros. Y es esto lo que fundará la unidad de mi vida. Pero, puesto que lo siento a Ud. un poco incrédulo en este punto, le voy a decir algo: sí, he hecho la experiencia de cambiar de vida y, desde ese punto de vista, he tenido dos vidas. Y esto pasó el día que tuve la ocasión de hacer mi primer reportaje. Hasta entonces, era secretaria de redacción en un periódico, un trabajo «seguro» que me interesaba y que no me exigía mucho, vivía en las afueras, en comunidad, y me pasaba en la fiesta todo el tiempo. Luego de aquel reportaje, todo cambió: abandoné la comunidad, a mi compañero, renté un estudio sola en París, y allí me fui a vivir. Después ya sólo viví una vida y siempre la misma, la mía. Incluso la experiencia de mi detención en Irak hace parte de mi vida al mismo título que el resto. No hay para mí un antes y un después de dicho acontecimiento.

P. Z.: Pero ¿no hubo acaso un «devenir otra» en esas experiencias? Cuando se volvió empleado doméstica por días, Ud. lo fue con sus determinaciones sociales, son su existencia. Se sentía enteramente Florence Aubenas, o bien ¿no se abría por momentos esta experiencia a otra vida posible: como si hubiera nacido de otros padres, en otro medio, tal vez empleada doméstica, eso habría sido su vida?

F. A.: Figúrese Ud. que lo traté de hacer. Cuando decidí inscribirme en el Pôle Emploi, tuve que enmascarar una parte de mí misma: es cierto que conservé mi nombre pero no proporcionaba mi verdadero CV. De repente, él estaba casi vacío. Yo no iba a inventar empleos que nunca había tenido, pero era necesario que supiera que contar para explicar dicho vacío. Entonces me inventé una «leyenda», como dicen los truhanes. Que había vivido con un mecánico que tenía una estación de servicios en Bagneux... En Pôle Emploi, la chica que me recibía me hacía preguntas que yo había ya anticipado. Estaba loca de contenta por poder hablarle de mi estación, de Bagneux, de mi vida facticia. Y entonces ella me interrumpió, en el momento en que le hablaba de mi hombre que me había abandonado, y dijo: «*En suma, como todo el mundo*». ¡Me cayó como una ducha fría! Mis tentativas por hacerme a una segunda vida tuvieron pues poco éxito. En desquite, sí, fue sólo esta experiencia la que me permitió comprender la condición de las mujeres que trabajan, en Francia. Hasta entonces, de ser una mujer, sólo había visto sus ventajas, en todo caso no había tenido ningún inconveniente. Había sido educada en una familia pequeño-burguesa francesa, corriente, donde todo lo tuve fácilmente, pertenecía a la primera generación de mujeres que tuvieron una cuenta bancaria personal, que trabajaba sin autorización de un marido, con derecho al voto, a la píldora, a poderme divorciar, sin... ni siquiera tener consciencia que aquello había sido conquistado con luchas que se dieron algunos años antes. Luego en mi oficio, era muy apreciado ser mujer. Mientras que cuando estuve en Ouistreham, descubrí que todo lo que había sido para mí tan simple, aplaudido, natural, se volvía un problema. Buscar camello, en trabajos de mierda, difíciles, sintiéndose rechazada permanentemente por su condición de mujer: ¡Oh la lá! Ud. es casada, los horarios, las enfermedades de las mujeres, las ausencias, la debilidad física que justifican los pésimos salarios, etc. Descubrí la condición

real de las mujeres en Francia. En este sentido, sí, quizás uno se descubra confrontándose con los otros, tantas vidas múltiples que uno no desearía.

Por tanto, ¿viví verdaderamente la vida de las mujeres que frecuenté en aquella experiencia? No... Vivir la vida de los otros, es imposible.



P. Z.: Yo pienso que sí es posible...

F. A.: ¿Ah? Yo, yo sí no lo creo, no hay que echarse cuentos. Tal vez pueda uno acercarse más a la vida de los otros, sumergirse en ella, sí, esta es mi pasión. Es un privilegio increíble ser la persona que está ahí y a la que se le puede contar su vida, frecuentemente atrocidades como la bomba que cae, la tierra que tiembla o un vecino que asesinó al marido. Uno está en medio de una vida, compartiendo momentos cruciales.

P. Z.: Pero, ¿no se hace sino eso, compartir momentos de su propia vida? Parece que Ud. piensa que las personas que encuentra están verdaderamente en sus vidas, y que Ud. lo único que hace es pasar. Metafísicamente, yo creo que la vida es fundamentalmente impersonal, no le pertenece a nadie, sucede, y cada uno participa en ella a su manera... y logramos compartir sus momentos. Nunca viviremos el todo de la vida del otro; pero tampoco lo de uno mismo, uno no vive el todo de su vida.

Por otra parte, Ud. dice vivir de una manera continua todas sus experiencias. Pero tiene que reconocer que no es la misma cosa estar en Irak o en los suburbios parisinos, en Normandía o en París en su oficina de *Le Monde*. Filosóficamente, no hay ningún medio para vivir esta discontinuidad como siendo una sola vida. Ya sea que se afirme una cierta multiplicidad en modo melancólico, en el viejo sentido del término, con la satisfacción de estar triste: los melancólicos tienen muchas vidas porque son incapaces de hacer el duelo de lo que han vivido. Ya sea que se esté del lado de Deleuze, de la memoria corta: cuando termino un trabajo, olvido todo, y vuelvo a arranca de cero. ¿Está Ud. llena de todas sus experiencias pasadas cuando emprende una nueva, o tiene la impresión cada vez de encontrarse completamente desnuda?

F. A.: Lo vivo como una acumulación. Sí, es un oficio donde hay que telefonar, levantarse, ir allá, y, si no se tiene ganas pues no hay que hacerlo. ¿Será que se pueden describir estas ganas? Difícil. Tal vez de estas ganas provenga mi sentimiento de continuidad, pero es cierto que siento también cada vez como si fuera «la primera vez». En caso contrario, ¿para qué volver a partir?

P. Z.: ¿Cómo hizo Ud. para no quebrarse por su detención en Irak? ¿Fue ese sentimiento de continuidad el que la mantuvo o más bien la capacidad de decirse: «me suspendo de mi vida»?

F. A.: Ni lo uno ni lo otro. La idea que me sostuvo fue que, en cada momento, uno no es nada. Lo más difícil fue esa experiencia de estar enteramente dependiente de otro. Tu vida está en las manos de otro. Tu vida, o en el sentido de vida o de muerte, y tu vida en el sentido más ordinario: el pedazo de pan, la ducha cada mes, la ida al sanitario, todo esto sólo es posible porque alguien te lo autoriza. Pero, ante esta evidencia de que yo no era nadie, va una atención extrema a esos minúsculos espacios donde, cuando menos, uno puede escoger, donde se tiene pequeñas ocasiones de existir. Por ejemplo cuando los secuestradores tenían necesidad de nosotros para hacer sus videos de reivindicación. Al final del ejercicio, nos proponían recompensas grotescas si

uno los mira desde aquí, como un vaso de té o un huevo duro, pero que, dado que se reventaba de hambre, eran inmensas. Pero todas las veces yo les decía: «*No gracias, no quiero huevo, quiero la libertad*». Me la jugaba a fondo, con réplicas dignas de una mala serie de tv que me hacían reír interiormente. Pero con esto me pude decir a la salida: tomé todo lo que pude tomar, era nada del todo, fui humillada, pero cuando pude jugar, jugué, incluso si perdí la mayor parte del tiempo. Si no romperse pasa por algo, en mi caso fue por ahí: incluso cuando uno no es nada, se tiene la posibilidad de estar ahí.

P. Z.: Es extraño cómo se regresa todavía a Descartes: la unidad de mi vida es la unidad de mi voluntad, mi capacidad para afirmar aún mi libertad incluso en las peores condiciones de servidumbre. Florence, Ud. es verdaderamente un justo émulo de ese «*caballero francés que partió con tan buen paso*». Y esto es un cumplido. Pero sin duda que hay otras maneras de ser, sin duda menos firmes, más fatigadas, pero que se aprovechan como pueden las armas propias de los indecisos: la máscara, el desdoblamiento, la multiplicación de las formas de vida... Tal como Édouard Raban, un personaje de Kafka, que decide enviar a su doble a la boda de campo a la que él no se siente con ganas de ir...

Traducido por Luis Alfonso Paláu, Envigado, co, enero 13 de 2024



Dossier / “Comment prendre la bonne décision ?”

Pierre Zaoui: “Para Spinoza, la decisión de sí es un ‘milagro’”

[Pierre Zaoui](#), declaraciones recogidas por [Victorine de Oliveira](#), publicadas el 11 de enero de 2024

Decidir de sí mismo es renunciar a sí mismo en provecho del mundo. Es la conclusión a la que llega Pierre Zaoui luego de haber releído a Spinoza. Él explica en *Spinoza. La décision de soi*, obra aparecida en 2008 y actualmente agotada, cómo debemos abrírnos a la alegría y creer en los milagros, esos acontecimientos contrarios al orden habitual, con el fin de dirigirnos mejor en la existencia. Para profundizar nuestro dossier, hemos interrogado a Pierre Zaoui.

«**Escribí *Spinoza. La décision de soi* en un período difícil de mi vida.** Cuando releí el prólogo del *Tratado de la reforma del entendimiento*, tuve un choque. Hasta entonces yo había considerado a Spinoza como el filósofo más impersonal. Ahora bien, capté por primera vez la dimensión profundamente existencial de ese escrito de juventud donde describe un peligro extremo, una vida que se parecía bastante a la mía por aquella época, cuando todo es frágil e incierto. Con frecuencia se presenta a Spinoza como el sabio de los sabios, o el filósofo más sabio. Sin embargo, el comienzo del *Tratado* es la obra de un

hombre joven completamente perdido que busca su punto de apoyo en la filosofía para hacer de ella un remedio. Ciertamente que para los antiguos era ya una idea clásica, pero ya no estaba tan de moda en el siglo XVII. Descartes piensa más bien en la omnipotencia de una voluntad infinita, que tiene un poder de resolución absolutamente sin límite. Al otro lado del espectro, Spinoza se coloca del lado de la fragilidad, desde el punto de vista de quien no tiene fuerza propia. Descartes es el gran pensador de la libertad, Spinoza el de la liberación. Cuando por diferentes razones uno llega a sentirse esclavo, siervo, alienado, el segundo tiene más atractivo inmediatamente. Pues este es claramente el problema esencial del spinozismo: lograr liberarse sin cesar de las fuerzas que nos subyugan, no rechazándolas sino comprendiendo su necesidad y su potencia, y sacándole contentamiento a esta comprensión. Spinoza nos enseña pues a decidir de sí, es decir aprender a renunciar de sí mismo en provecho del mundo – es algo así como el anti-desarrollo personal.

De manera más precisa digamos que el problema que se plantea es este: uno no es causa de sí, es otra cosa la que nos causa; ¿cómo se puede entonces participar en lo que es *causa sui*, cómo podemos decidir de sí? Y si se considera claramente este problema al pie de la letra, veremos que es ya una verdadera liberación, al menos una liberación de lo que Sartre llamaba su “*intimidad gástrica*”, porque comprendemos desde el comienzo que la apuesta ya no es buscar en sí mismo no sabemos qué “*fuerzas propias*” (cuando no vamos muy bien sabemos que no tenemos ninguna) sino instituir una nueva relación con las fuerzas externas (las cosas, los seres, las idealidades matemáticas...) con el fin de que ellas nos nutran en lugar de destruirnos. Es bastante raro sentir la experiencia exacta que se está describiendo en un ensayo de filosofía clásica.

Esta experiencia es la experiencia de una “*reforma del entendimiento*” dice Spinoza, de una modificación de su espíritu, de su facultad de pensar y de conocer. Es muy interesante esta idea de reformar, no a sí mismo o a su comportamiento, sino solamente su espíritu. Primero porque el envite de la decisión de sí no es precisamente uno mismo sino el mundo, ese que Spinoza llama Dios o la Naturaleza, y que significa de manera práctica todas las cosas que nos rodean, vivientes y no vivientes, incluso si en verdad todo es vida en Spinoza – incluso la piedra tiene un alma. Y segundo, porque no se trata de transformarse integralmente, de operar una revolución brusca – a nivel individual, el fantasma trágico de revolución radical se derrumba muy rápidamente en una vana farsa de buenos propósitos de año nuevo o en juramentos de borrachos. Se encuentran diferentes traducciones de *intellectus amendatione*, entre las cuales la de “enmienda intelectual”, con la idea de curación, de cuidado, de reparación. Spinoza comienza por constatar que todos nosotros estamos más o menos desajustados al comienzo, dominados por fuerzas más grandes que nosotros. Y también acá estamos en el polo opuesto de la idea cartesiana de un buen sentido que sería la cosa más comúnmente repartida.

Con Spinoza, se enfrenta pues el problema al revés: originariamente, no hay buen sentido, todos somos pequeños espíritus desordenados, y la filosofía no está ahí para desarrollar una razón naturalmente orientada hacia lo verdadero y el bien, sino ante todo para reparar un espíritu que funciona al revés y que nos hace *“correr hacia nuestra propia servidumbre creyendo obrar en busca de nuestra salvación”*, como lo dice el *Tratado teológico-político*. ¿Todos intentan decidir por sí mismos en todo momento? ¡Pamplinas! Lo que cada uno trata de hacer es perseverar en su ser, pero la mayor parte del tiempo de manera a tal punto idiota que esta perseverancia nos conduce por vías que nos llevan hacia el infortunio, la destrucción, la guerra. Hay que reformar todo esto. Pero no se trata de una revolución. En medio de todo el fango que constituye el fondo del alma, brilla todavía una pequeña luz, la de una idea verdadera. Por lo tanto, no es necesario cambiarlo todo de arriba abajo –no se trata de una conversión religiosa– sino más bien de ir tirando lenta, paciente, prudentemente, todos los hilos de necesidad que derivan de esta pequeña idea verdadera, en la parte alta hacia la idea de Dios, y en la parte baja hacia las ideas de todas las cosas singulares.

Spinoza es uno de los raros filósofos que renuncia por adelantado a la omnipotencia de la filosofía. Esta última no nos puede volver omnipotentes, pues sólo Dios es todo-poderoso o potencia infinita, y, en tanto que ser finito, nosotros no somos Dios y nunca podríamos llegar a serlo. Por esto Spinoza no es del todo ateo y tiene absoluta necesidad de la idea de Dios, al menos para protegernos del fantasma de ser nosotros mismos Dios. Dicho de otro modo, no es reforzando su pobre pequeño *ego* como podemos decidir por nosotros mismos, sino volviéndonos capaces de comprender, y por tanto de amar y de alegrarnos con todas las obras de Dios: aquel poema, esa sonata, este bellísimo atleta, esta mariquita, aquellos enamorados que se besan en los bancos del parque. Casi se podría decir que toda la sabiduría de Spinoza se podría resumir en: decidir por sí mismo, es aprender, no a volverse un gran poeta, un gran músico o un gran amante, sino a regocijarse por lo bueno (sin celos, sin envidias, sin todo ese lodo ordinario de los afectos humanos), de la poesía de su rival, de la música de su vecino o de la felicidad de los novios que se abrazan.

Ciertamente que puede parecer paradójico eso de hacer de un filósofo que teorizó un determinismo absoluto de la naturaleza, el pensador ideal de la decisión de sí mismo. Es por esto que trato de abordar esta idea de decisión de sí hablando para ello de “milagro”. En un primer sentido, un milagro consiste en un acontecimiento que contraviene las leyes de la naturaleza o a lo que se conoce de ellas. En este sentido, no podemos decir que hay milagro en Spinoza, que dice que sólo se está llamando tal a lo que no se puede explicar. Es por la misma necesidad que el desesperado irá a ahorcarse, que el sabio hará filosofía, y que el asesino matará. Todo esto está inscrito en una forma de necesidad, todo está conforme con el orden de la naturaleza. Pero si nos quedamos aquí no más estaríamos adoptando desde un punto de vista propiamente ético una forma de fatalismo qui conduce al abandono de sí y a la

renuncia de cualquier reforma. Por esto, en un segundo sentido, para que la *Ética* sea claramente una ética, precisamos introducir un sismo práctico, rehabilitar las nociones de posible, de decisión, de reforma... que no son nociones intrínsecas al sistema. Por esto he querido hablar de milagro para describir esos momentos de transfiguración de la necesidad.

¿Qué es lo que hace que en un momento de su vida se pase de un plan de vida completamente desordenado y destructor a un plan de vida creador y viviente? ¿Cómo describir este punto de oscilación? Fundamentalmente, es milagroso, es decir inexplicable en el sistema de Spinoza. Ud. trata de resolver un problema matemático, y no lo logra; luego duerme o se va y da un paseo y, de repente, aquello se desbloquea. Ud. no está bien, rumia ideas negras y, súbitamente, algo se aclara. ¿Por qué? Hay dos lógicas, la de las ideas falsas y la de las ideas verdaderas. Las dos se encadenan de forma absoluta necesariamente. Cuando se está en la lógica de las ideas falsas normalmente siempre se va hacia lo más falso, pero hay momentos en que las cosas basculan y se cambia de plano y se vuelve a alcanzar la lógica de las ideas verdaderas. ¿Cómo se hacen esos embragues? No es explicable por la razón. Pero es en esos pequeños embragues milagrosos donde se aloja toda la dimensión propiamente ética de la *Ética* con el solo fin de “*ser conducido como de la mano hacia la beatitud*”.»

Traducido por Luis Alfonso Paláu, Envigado, co, enero 14 de 2024